

HUGH THOMAS O LA TEORIA DEL MARXISMO TROPICAL

dente sin duda es el del «marxismo tropical» empleado para definir el castrismo. Según parece, Thomas trataba de reflejar con esta expresión la peculiaridad de una revolución de país tropical, con todos los condicionamientos de tamaño, economía, clima y temple que ello conlleva. Pero tal como lo dijo o tal como fue utilizado lo que dijo, el castrismo queda como una bebida refrescante, con muchos colores y mucho hielo picado o como una rumba caribeña con maracas y ritmo sabrosón.

Tras su paso por Barcelona, Thomas ha dejado un reguero de sospechas sobre el castrismo, que sin duda alguna quedarán borradas o confirmadas en las páginas del libro. Obsérvese el curioso método de crear sospechas sobre el castrismo:

—Señor Thomas. ¿Ha perdido intensidad la revolución cubana?

—Sí, de hecho, la revolución, los cambios estructurales importantes, quedan hechos en mil novecientos sesenta y dos. En este año terminó el ritmo revolucionario...

—¿Usted observa inmovilismo en Cuba?

—Inmovilismo. Es un problema de jefatura, más o menos como en otros países. Una de las dificultades de un país sin constitución es que hace imposible cambiar a la gente sin conspiración...

—Por ejemplo: ¿hay en Cuba problemas raciales?

—Los altos líderes, Castro, Ramiro Valdés, Roa Dorticos, son blancos. Yo creo que sí, que el régimen tendrá problemas en ese aspecto...

Uno sospecha que para un inglés inteligente, culto y «progre», como Hugh Thomas, entender el mundo en el que vive es mucho más difícil que para un bantú. Un bantú maneja pocos datos y muy inmediatos. Hugh Thomas maneja toneladas de datos. Sin embargo, Hugh Thomas, como el bantú, tiene que afrontar la necesidad de sacar conclusiones de tanta o tan poca información. Los tres tomos de su obra suman dos mil cincuenta y dos páginas, y las conclusiones en realidad ocupan catorce páginas. Esas catorce páginas a su vez pueden reducirse a cualquier párrafo elegido al azar, en el que el sí pero no o el no pero sí aparecen constantemente para demostrarnos

que la búsqueda de la «objetividad» o de la «verdad» esconde casi siempre el rechazo del compromiso o el autoengaño con respecto a los intereses personales de los que sublimamos nuestra propia ideología:

«Los que admiran los avances sociales debidos a la revolución tienen que tener en cuenta también la brutalidad de los carceleros, el carácter arbitrario de una tiranía omnipotente que nadie podía prever, el tedio propio de un Estado burocrático ineficaz y la tristeza de una sociedad en la que están condenadas la excentricidad y la experimentación privada...»

... pero...

«A los que aborrecen la tiranía hay que recordarles la evidente integridad de muchos de los dirigentes y que ahora hay unos salarios minimamente decentes, enseñanzas y servicios médicos asequibles a todos (cosa que no se daba antes) y que la pobreza en el campo se ha reducido mucho.»

... pero...

«... quizá también deberían recordar que los servicios sanitarios y la enseñanza son sólo ayudas para vivir bien y que en Cuba, como en otros países del mundo socialista, donde a menudo se da por supuesto que el fin justifica los medios, parecen haberse olvidado los propios fines.»

La serpiente dialéctica caracolea a derecha e izquierda en busca de la madriguera de la objetividad. El punto culminante de debate Cuba-Thomas lo constituyó el acto celebrado en los locales de la Asociación de la Prensa de Barcelona. El público, un tanto desorientado, no quería tanto sí pero no o no pero sí y exigía un sí o un no. Thomas se calló no como un muerto, sino como un intelectual de la Fabian Society. Tras su frente despejada podía removerse en aquel momento el versillo machadiano

«¿Tu verdad? No. La verdad. La tuya, guárdetela.»

Un versillo tan ambiguo fuera de contexto, como las obras, las declaraciones, las objetivaciones, las adjectivaciones de Hugh Thomas, un intelectual especializado en poner estuches incoloros a las mercancías culturales más dramáticas del siglo XX. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Los
CoNteM
poRa
nEoS

La clase política española se reproduce por mitosis, por carioquinesis. Como las células. Un organismo va creciendo por dentro, reforzándose y, en un momento dado, se divide por la mitad y forma dos. Se observa este fenómeno frecuentemente

con las direcciones generales. A veces, en un brillante movimiento biológico, salen tres de donde había una. Cada una de ellas segrega rápidamente sus miembros: subdirectores generales, secretarios generales, jefes de servicios, directores... Que requieren secretarías, funcionarios. Despachos, locales. Asombra pensar que, en un tiempo, se pensó en meter todo el cuerpo gobernante en un edificio, el de los "nuevos ministerios" —ya considerablemente viejos—. Muchos observadores de este interesante fenómeno presienten para un futuro una serie de carioquinesis para los ministerios. Por ejemplo, el de Gobernación se multiplicaría por tres —sanidad, comunicaciones, orden público— o el de Información y Turismo por dos, lo que ya engloba en su nombre, como le pasó un día al de Industria y Comercio, sin necesidad de recordar las numerosas mitosis del Fomento. Ahora mismo hemos visto cómo la Vicepresidencia del Gobierno se convertía en tres vicepresidencias. Es un movimiento centrípeto, se nos dice, para agrupar un poco lo que parecía una dispersión ministerial en tres superministerios. Pero observemos las maravillas de la naturaleza: cómo un movimiento centrípeto se presenta con la forma de un movimiento centrífugo.

Mientras la generalidad de los observadores se preocupan con los nombres de las personas designadas, en oleadas sucesivas, para viejos y nuevos cargos, yo me preocupo por el número. Pienso si no estaremos sobregobernados. Esta empresa, ¿no tendrá demasiados jefes? "Pero todos trabajan", me dicen. "Eso es lo malo". "La complejidad de la vida moderna requiere cada vez más personas para ocuparse de la función pública". Yo pienso que el aumento incesante de personas para preocuparse de la función pública contribuye a aumentar la complejidad de la vida

moderna. Sobre todo, si trabajan. Temo notablemente el entusiasmo de tantos neófitos en los cargos medios y pequeños: llegan cargados de iniciativas, de deseo de ascenso, de hacer méritos. De que se les note. Todo esto puede ser grave. En mis

largas experiencias nacionales y extranacionales he llegado a la conclusión que a lo más que debe aspirar un ciudadano con respecto a su gobierno es a no notarlo. Cuando lo nota, mal asunto.

Esta multiplicación de la clase política resulta, además, triplicada. La clase política, ahora, comienza a presentar tres grupos notorios: a) los que son; b) los que fueron —en el inmediato y hasta en el remoto pasado— y tratan de volver a ser; c) los que no han sido todavía y aspiran a ser. Quizá fuera el embrión de las tres grandes asociaciones políticas imaginadas por algunos teóricos. Tiene la ventaja ese posible sistema de estar alejado de las ideologías, excepto de una: la de ocupar el puesto.

Felizmente, una política constante de los sucesivos gobiernos del país ha sido la del fomento de la demografía, desde los estímulos —premios a la natalidad y a la nupcialidad— hasta la prohibitiva —restricciones a la sexualidad libre, condenas al aborto, lucha contra los anticonceptivos—. Esto nos permite estar tranquilos con respecto al futuro: nunca faltarán ciudadanos para ocupar los cargos que se vayan creando. Sin necesidad de ser Herman Khan o cualquier otro futurólogo, podemos ver ya un siglo veintitantos donde cada ciudadano tenga su puesto en el gobierno de la nación; la incorporación paulatina de la mujer y la reducción de la minoría de edad irán también añadiendo miembros a ese supergobierno que se ve venir.

Lo cual evitará también los riesgos de la democracia inorgánica. Todo estará convenientemente jerarquizado y estatuido. Se están dando los primeros pasos. El "Boletín Oficial" nos da cada día nuevos nombramientos. Y ceses. Pero la verdad es que el político no cesa nunca: se acumula. ■

POZUELO